

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

EL POETA DRAMÁTICO.

Por tus barbas, Wenceslao,
que como me llamo Gil,
há un mes que la pena negra
me estás haciendo sufrir.
¡Como escritor de la *Risa*
me anuncias! Pues, pese á tí,
¿no sabes ya que mi oficio
es solo en sério escribir?
Mi musa no es juguetera,
pídeme llanto, eso sí;
que á veces hago llorar,
aunque gracias á una actriz
que mueve los corazones
con su voz de serafín.
Mas me envías tu periódico,
y siendo fuerza cumplir,
todo el mes que llevo dicho
me he devanado el magín.
Nada, ni un verso siquiera;
mas hoy me resuelvo, al fin,
y he de procurar servirte
hoy que me acosa el esplin.
—¡Esplin! dirás... ¡Buen anuncio!
—Pues yo te digo que sí:
cuando un hombre está enfadado
es cuando hace mas reir.
—¿Que pena tengo, preguntas?
—¿No basta, triste de mí,
el ser poeta dramático?
¿Hay suerte mas infeliz?
Si tu lo fueras, Ayguals,
no te verían lucir
esos moñetes rollizos
dó arde el florido carmin;
ni tuvieras esas barbas,

pues te juro por San Luis
que arrancado las hubiera
tu mano en un herrenchin.
Empieza por que es preciso,
si tu drama ha de existir,
que busques en tu caletre
un argumento gentil.
¡Encontrar un argumento!
¡Abi es un grano de anis!
¡Despues que han hecho comedias
Calderon y Shakespir!
Buscas novelas, historias,
revuelves aquí y allí,
y ya piensas en Lucrecia,
ya en Rodrigo, ya en el Cid.
¿Le encontraste ya?... A la obra.
Te inspiras... Muy bien... así,
así va bueno... ¡O que versos!
No imites á Moratin;
que en esto de hacer comedias
era solo un zascandil,
Deja la pedestre prosa,
al cielo te has de subir,
y en románticos conceptos
muestra tu ingenio sutil,
Naturales y sencillas
las cosas no has de decir;
procura que no te entiendan,
que en eso, Ayguals está el *quid*,
¿Décimas? ¿Quintillas?... ¡Bueno!
Ahora toma el clarín,
y atruena bien con octavas,
que sino se han de dormir.
Sobre todo, echa de flores
y perlas un celemin,
y los *ensueños dorados*,
y el *rielar* han de salir,
¿Tres mil versos enjergaste?
¡Hombre, basta!... Pon ya fin:

mata al héroe. —¿Puñalada?
—No, dale garrote vil;
lo otro es clásico. —Ya está.
—¡Famoso! Te has de lucir.
—¿Y ahora? —Ahora en caliente,
en una orgía ó festin,
lo lees á tus amigos,
que por fuerza han de aplaudir
si es el vino de Champaña,
de Burdeos ó del Rin.
—Pues vengan. —¿No te lo dije?
¿Los ves de entusiasmo hervir?
¡Divino! dice Lupercio:
¡Sublime! grita Crispin;
y beben, y ríen, y hablan,
y aplauden... ¡Vate feliz!
¡Al teatro luego, luego,
que admire todo Madrid!...
¡Ay, misero dramaturgo,
tu gozo concluye aquí;
que entras con el empresario,
y un editor tan cerril,
que, de los dos, el mas bueno
tiene un alma de Caín.
Este, haciéndose de pencas,
dice: no puedo imprimir;
los dramas me han arruinado;
y entre Breton, Vega y Gil
me han sacado esta semana
el postrer maravedí.
Pues ¡no es nada el empresario!
Le saludas muy civil,
y él finchado te recibe
mas sério que un puerco espin.
—Se leerá en el comité,
dice. —¿Pronto? —Por ahí
dése usted de cuando en cuando
una vuelta... Das dos mil,
y al cabo de cinco meses
te llega tu San Martín.
Reúnese el tribunal,
y allí es ella... ¡San Dionis,
llevadme á la inquisición,
que no hacen tanto sufrir!
Uno fuma, otro bosteza,
cual se arregla el corbatín,
aquel ríe malicioso,
y este fingiendo escribir,
hace del pobre paciente
ridículo figurín;
y el lector suda y trasuda,
y cayendo aquí y allí,
corre cual perro con maza
por alcanzar pronto el fin.
Mas pasemos adelante;

y te hago ya tan feliz,
que de aquellos cancerberos
ablandas el ceño hostil.
Ya te hallas dentro... Ya pronto...
¿Pronto dije? No, mentí.
Al cabo de veinte meses
llega el turno... A repartir.
Paso por alto las penas
de esta operacion sutil,
que mas tardára en contarlas
que en ir desde aquí á Pekin;
y ya te hago en los ensayos...
Mas por Dios, no quieras ir
al que llaman *de papeles*;
pues sí das en tal deslíz,
te juro que de aburrido
rasgas el drama al salir.
¡Y el *de mesa*!... ¡Que barullo!
¡Y los demás!... ¿Quién allí
resiste? Trifulca tal
no la hubo en San Quintín.
Y todos gritan á un tiempo:
¿Que tal? ¿Va bien?... ¿Es así?
Si halla usted alguna falta,
no tenga empacho en decir...
—¡Faltas! ¡faltas! Sí, por cierto,
las habrá; mas voto al Cid,
ni es posible conocerlas
con tal charlar y reír,
ni aunque las viera, es inútil
que me desgañite aquí.
—Diga usted; este papel
¿como se debe vestir?
pregunta la dama jóven;
démelo usted el figurín.
—Yo pienso que de este modo.
—¡Jesus! ¿Así he de salir?
Voy á estar fea. —Pues bien,
¡Saque, si quiere, un mandil!
—La nota para el anuncio,
dice el galán. —No creí
que fuese preciso. —¿Como?
¡Sin nota el drama ha de ir!
No vendrá nadie... A escribirla:
que es magnífico decid.
—Por último, el día llega,
¡día fatal!... El violín
suena en la orquesta; el teatro
de gente se mira henchir;
los actores ya vestidos,
se ponen blanco y carmín;
y al son de la campanilla,
se alza el telón... ¡Ay de mí!
¡Momento horrible, angustioso!
¿Donde hay un chirivivil

en que me pueda esconder?
En la embocadura, si...
Ya empiezan... ¡Jesus! ¡que mal!
¡Mas alto!... Que no han de oír.
¡Alma! ¡Fuego!.. ¡Se equivoca!
¡Me asesinas, malandrín!...
¡Valgame Dios, y que toses!
¡Que estornudar! ¡que escupir!

¿Que ruido es ese? ¡Un silbido!
¡Oh, comparsa baladí!
Deja esa puerta, ¿no ves
que el gozne chilla, mastín?...
Mas arrece la tormenta,
¡Que tempestad!... ¡Chis! ¡chis! ¡chis!
¡Afuera, afuera! — ¡El autor!
¡Que salga! — No. — ¡Pif! ¡pif! ¡pif!



—¿Que he de hacer? Mejor será
ver si es posible escurrir
el bulto... Rabo entre piernas,
me abro paso hasta el pretil,
y entre la gente que chilla,
atravesando Madrid,
llego á mi casa, y me arrojo,
dicho en francés, sobre el lit,
que ya me tiene apurado
el fiero asonante en í.
¿Hay mas males todavía?
Sí, resta mas cruda lid;
que tras la silva, ya veo
los periódicos venir,
y como ropa de pascua
me pone su folletín;
Y si á contestar me atrevo,
crece mas su frenesí,
Y contra mis huesos se arma
periodístico motín;
¡que no puedo llamar nécio
á quien me lo llama á mí!
Esto es hecho; no mas dramas;

afuera oficio tan ruin;
antes que á poeta cómico,
quiero meterme á alguacil.

ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

UNA ESTRAVAGANCIA.

¿Qué cosa es pensamiento? Hé aqui una pregunta que á mi mismo me hago; y que á pesar de toda su lisura, apuradillo me veo para contestármela. En efecto ¿quién es capaz de hacer la definición de este caballero, antojadizo cual niña de quince abrilés, ridículo (y no es amor propio) como el que esto escribe, y feo á veces como el extracto que de su persona, hábitos é inclinaciones ha hecho el demócrata Ayguales de Izco? Y ya que por incidencia he tocado este particular, permítaseme que de él deduzca, que si la Risa causa risa, se debe solamente á la fealdad de sus redactores, mejorando los presentes. Mas vuelvo á mi asunto, y salga como saliere, que no es cosa que en el siglo de lo positivo se pare ningún hijo de Adán en pelillos; porque de lo contrario menester sería que me dejase la ca-

heza, y ainda más, como de pedernal un plato; lo que no entra en mis cálculos, porque este servidor de Vds. es go extremo aficionado al bello... será, se entiende; y admírense Vds. lectores de la consonancia que guarda con aquel pelo este bello. Por lo tanto, lectores, mirad oblicuamente á la derecha, luego á la izquierda, y de derecha á izquierda; volviendo los ojos, leeréis lo que á mi soberana voluntad le place escribir y á la de la *Risa* publicar.

Es el pensamiento... ¿qué será el pensamiento? En cuanto á mí, no me queda duda que es algo, pero en el algo está la dificultad..... Es el pensamiento... ¡calle! ¿y ya se ve que es? ¿quién lo duda? Pero, ¿qué es? ahí está el busilis... En el pensamiento... Ya di en el busilis y en la dificultad! El pensamiento es una cosa invisible, inaudible, sin color ni sabor, en fin una cosa igual al pensamiento; y ¡viva Dios! que nadie me diga lo contrario, que capaz será de recomendarlo al ciudadano Villergas como plé para un epigrama; porque nadie puede hablar mejor de la baba que los novios; y tengo para mí que si el pensamiento es parte integrante de mi existencia, como cristianamente creo, y tengo sobre él algun derecho, nadie, como yo, podrá hablar de sus propiedades. Propiedades! ¿cuáles son las propiedades del pensamiento? Muchas sin duda; pero entre ellas sobresale esa espantosa volubilidad de que dá tan repetidas pruebas, que no parece sino que nació para ser patriota del siglo XIX. Condenado siempre á no gozar de reposo, tan pronto se desmonta hasta el Empíreo, y se entretiene en decirle cuatro pipos á Venus y en echar una nana de conversación con Capricornio, ó bien en juzgar á la gallinita ciega con las siete cabritas, como descendiendo á las profundas y lóbregas mansiones del Averno, y mide las dimensiones del raba de Pluton, ó contempla el pudibundo caudal de su consorte Proserpina, (que si tiene pensamiento no dejará de liarlo de vez en cuando en el famoso suplemento que al duro su esposo tiene); cánsase de esto, y fija su dominio en el espacio; y allí... allí es regular que juegue con los insectos: luego se recrea con la muerte, á pocos segundos se halla en la batalla de Marengo con el gran capitán del siglo; al instante aguz con *la hormiga que en guardar se afana*; á poco en el águila que remonta su vuelo hasta las nubes; y así en descensos y ascensos y quedando en medio, y pensando en la muerte y en la vida y reñificándose con el doncel ó con la doncella, que será según el sexo del individuo á que pertenecerá, viene á fijarse en algo que lo absorbe todo por largo rato, aunque el asunto no sea digno de que en él se fije ni el tiempo necesario para decir ah! Y esto cabalmente me sucede á mí ahora.

¡Ojalá que en cambio mi pensamiento se ocupara en ser canónigo; aunque no... de esto fuera. Bueno que se hubiese ocupada años atrás, pero ahora sería una locura, ni menos en ser ministro, que cosa sería esta para tirarse de los pelos y ya he manifestado que á los mitos los estimo quizás en mas de lo que valen (y cuidado que son rubios) puesto que cojo un tabardillo cada vez que tengo la desgracia de poner mi cabeza entre las peliadas manos del diplomático barbero. Pero me distraigo, cosa que nada tiene de extraño, cuando tan de moda se han hecho las distracciones, que nadie está en lo que hace. Ya se ve, y como falta un presidente que me llame á la cuestión! Pero al caso.

Es el caso pelagado como haría de romántico es el caso mas grande y estúpido que ha ocupado pensamiento humano; es un caso monstruo, y dicho

está lo bastante para probar su importancia. Redúcese nada menos que á demostrar un gran secreto en el que nadie hasta de presente ha fijado la consideración, un elemento poderoso que exista en la sociedad, y que pasa desapercibido, como pasan tantas otras cosas grandes y maravillosas al propio tiempo que otras de menor cuantía muestran una zambra extraordinaria. Y prueba de ello ¿á qué no advierten Vds. cual es el medio mas expedito que tienen los hombres para comunicarse? — Á que sí? la lengua. — Pues están Vds. equivocados, no es la lengua, es cierta quisitosa que acerca á los hombres sin conocerse, y obliga á hablarse á los que con otra vez que se ven se ven dos veces. — No digo V. mas, que ya sabemos lo que es... la simpatía. — No, que es el peligro. — Tampoco: es la conciliación. — ¡Jeus! qué disparate! lo que acerca unos hombres á los otros, es el genio. — ¡Bíase V. de eso; lo que los acerca es... Vaya digala V. niña. — Si me da coriedad. — Se dan Vds. por cachifundidos? — Si nos damos; mas digala pronto. — Pequito á poco, que no estamos en ningún Ventisquero, y mientras mas tarde en saberlo, mayor será su curiosidad.

Entre los muchos y prodigiosos inventos que ha hecho el ingenio humano para acercar á los hombres, merece un distinguido lugar este de que trato. Mayor es su virtud que la del vapor, porque si bien este sirve para salvar pronto largas distancias, no tiene el poder para que de buenas á primeras se vaya fulanito derecho á mengaño y le hable. El invento que me ocupa, viejo como la risa, es un vehículo poderoso para las relaciones mutuas de los individuos en sociedad: es un medio gastado sin que por ello haya caído en desuso (y en esto conocerán Vds. todo lo que vale) para igualar las condiciones sociales; es en fin un poder que establece la mas justa libertad, y que pone á nivel y une por un momento al clérigo con el militar, al escribano con el escribano, al periodista con el fiscal, al ignorante con el sabio, y etcetera. Y es de admirar que una vez de por medio este poder, guardarse todos podrán de dejar desairado al que lo invoca, que capaz será por la negra humilla de amarrar una de todos los diablos y convertir en campo de Agramañe el sitio en que se encuentre: ni es para menos el asunto porque cada cual tiene su aquel como Dios se lo haya dado, y bien merece que se guarden algunas consideraciones al pilotador de las clases.

¡Oh invento de los inventos! yo te saludo y tu poder admira! Ahora bien: supongo que ya quedarán Vds. enterados, y habrán venido en conocimiento del objeto que motiva este artículo, pero si por la mucha torpeza de Vds. no comprenden una cosa tan clara y tan explícitamente manifestada, forzoso me será sacarlos de duda.

Encender un cigarro. Hé aquí el gran caballo de batalla de este artículo; hé aquí el medio poderoso de comunicación; hé aquí lo que acerca á los hombres sin conocerse; hé aquí, en fin, en lo que nadie ha hecho alto, á pesar de ser materia para escribir gruesos volúmenes, y digno de que los vates templen sus cítaras para cantar sus merecimientos! Oh, tú, el primero que enseñastes que era cosa vieja que mi cigarro en el cigarro de otro se encendiera! Oh, tú, ingenio cual no tiene claro! Oh, tú, civilizador de la humana especie, recibe este corto tributo de admiración que dedica á tu memoria el que mas de una vez ha tenido lugar de probar toda lo que vale *encender un cigarro! pedir la condela!*!!

No hay que asombrarse, lectores, de este mi entusiasmo fumatóico. Atended, á las causas que lo incitan, y tendréis que confesar de buen ó mal grado, que es justo y como justo noble y á

fuer de noble desinteresado. Porque ese invento sublime no queda reducido á lo manifestado; hay un millon de cosas mas para probar su excelencia. *¡Pedir la candela!* Y en ese hecho ¿ qué hay de particular? ¿ dirá alguno. Pues es nada: hay de particular que el pedir la candela es un barómetro figurado que el pedir los puntos de educacion y de seguro para conocer los puntos de educacion y de seguro que el pedir la candela. Encienda V. un cigarro y colóquese en sitio público; y verá como al olorillo se le dejan venir encima mas de un alicionado á echar por boca y narices humo; y desde este momento puede V. dar principio á sus observaciones. — Amigo, ¿ me hace V. el favor de que encienda este cigarro? Alce V. la cabeza á esta invitacion, y mire quien se la hace; y aunque V. no quiera se encuentra frente á frente con un hombre templado á los tiempos del rey Fávila, que en buen hora sea dicho, ha sido el único que ha sabido morir como á los de su clase conviene. Le da V. la candela, y luego que enciende, se la devuelve á V. con el correspondiente «agradecido, amigo.» Por su franqueza y por la minuciosidad con que le pide á V. la candela, tiene V. forzosamente que venir en conocimiento que el tal individuo es un hombre formalote é incapaz, por lo tanto, de fallar á las reglas de buena crianza. — Caballero, ¿ tiene V. la dignacion de participarme sus ardores? Y V. al oír esto cae al momento en la cuenta de que el que le habla es un elegante á la *domier* un *fátuo*, que mejor se dejaría cortar las narices que expresarse de un modo natural. — ¿ Me permite V. ? le dice á V. otro: un modo de pedir tan conciso revelará á V. al punto que este ciudadano es poco amigo de gastar saliva, y tiene en mucho su estómago para estragárselo fuera de tiempo. Por de contado, que para comprender lo que el tal ciudadano pide, necesario es mirarle á las manos, y que el cigarro supla con su elegancia muda y tabaquera el fin de la frase. — ¿ Me hace V. el gusto? Quien así pide la candela pone en duda el sexo á que pertenece, porque lo que es á mí, varon desde que mi mamá me echó al mundo, no me ha ocurrido jamás la idea de pedir que me hagan el gusto, á ningún individuo de mi sexo: y supongo que á Vds. les habrá sucedido otro tanto. — Y qué no le dará á V. que pensar de la educacion de aquel que con voz ronca le diga!! Camarón, me da sté la candela? Con todo y á pesar de que por buena lógica se convence V. de que tal modo de pedir imperativo, y mas que imperativo un tanto si es ó no amenazador, no es el mas á propósito para que V. acceda á su deseo, es seguro que no le hará V. esperar mucho tiempo, por aquello del canguelo. — Pues, y el ¿ señorito me hasoté favor? donde me lo deja V. ? Quiere V. una prueba mas clara y positivamente positiva, de que el aficionado al cigarro es un pedazo de alcorneque con ojos, que no ha podido salir de la miserable condicion de mozo de mulas; y quien dice de mulas dice de V. ó de cualquiera otros que tengan ó hayan tenido mozos.

Y no es solo en el mero hecho de pedir la candela donde se conoce la condicion y figura de cada quisque; lo es tambien en el modo de coger el cigarro: gaxnápiros serán los que lo cogan con el auxilio de los cinco dedos; entreverados los que lo tomen con tres; elegantes los que lo hagan con solo los dedos póllice é indice, y finos de toda figura los que el cigarro coloquen entre el indice y el del corazon.

Largo sería enumerar los diversas maneras con que se pide candela; largo sería tambien una relacion detallada para hacer mas palpable la excelencia de este descubrimiento, que acercando á todos los hombres, engendra amistades lo mismo

que disputas. Y nadie se estrañe de esta última parte de mi proposicion.

Las mejores instituciones siempre se corrompen en manos de los hombres: ¿ cómo había de librarse la que me ocupa de dar en este escollo? Así es que no todas son flores; y ocasiones ha habido en que por una negativa á dar candela se ha armado la de Dios es Cristo. Mas esto nada vale, ni tampoco la incomodidad que V. á veces sufre por causa de esta peregrina invencion. Supongamos que V. es casado, y que á su cara mitad le ha dado jaqueca, verdadera ó ficticia que esto no es del caso; supongamos que V. la quiere mucho y que al momento se atorola y sale á la calle en busca de remedio; supongamos que lleva V. un cigarro encendido, y siguiendo en la suposicion, que en medio de su carrera sale un quidam y le intercepta el paso dirigiéndole la palabra en cualquiera de los modos que van expresados; ¿ qué hará V. en este caso? negarle la candela, no; porque daría lugar á disputas; no tiene V. mas remedio que dejarle el cigarro y abstenerse de fumar salvo el consuelo de maldecir en su interior al importuno. Pues: ¿ y si va V. por el viático para su suegra, y mas si es rica y no tiene mas hija que la pichoncita de V. y sale un cualquiera y le pide candela? Se desesperará V. porque no es cosa de perder un momento en asunto de tamaño importancia, que crecerá si en lugar de ir por el viático, va á avisar á la parroquia que vaya por el cuerpo de la difunta.

Mas cómo quiera que estos no sean mas que lunarillos imperfectos, casi imperceptibles al lado del grandioso y civilizador invento de *pedir la candela*, convengán Vds. todos conmigo en que el cerebro que tal concibió merecia estar engarzado en diamantes si ejemplo hay en la historia de haberse engarzado en diamante algun cerebro.

SANTIAGO CASILARI.

LA DULZURA.

Soneto.

Dulces son esos plácidos amores
que nos cuentan mil bellas historietas:
y como nos han dicho los poetas,
dulces son los aromas de las flores.

Dulce es oír los tiernos ruiseñores
en la noche á la luz de los planetas;
y dicen que dulzuras muy completas
dan tambien, buen provecho, los honores.

Pues si hay muchos que rifen su ventura
en estas referidas maravillas;
gozen en paz con ellas á su anchura.

Yo soy de otras costumbres mas sencillas:
y así cuando se trata de dulzura,
estoy por las dulcísimas natillas.

José B. AMADO.

A D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

Tengo de tí, buen Principe, mil quejas porque en una cuestion que te he tocado te haces el sucto y la eleccion me dejas.

Yo quise de sofismas pettechado, los tuyos aplonar; esto se llama volver quien fué por lana trasquilado.

Quizá ingenioso en comprender la trama la zancadilla á mí embestida ofreces por dar al traste con mi humilde fama.

Mas no tan pronto á solazarte empieces pues yo doy el primero, y el primero, si no miente el adagio, dá dos veces.

Con la chispa feliz que en tí venero á fuer de verdadero castellano, y en tales versos que aplaudirte quiero,

Eludes la cuestion, diciendo en vano cosas que á la presente importan poco, por mas que atañan á Alcalá Galiano.

No pecas tú por simple ni por loco algo mas que yo ducho, y menos franco pisas la prima cuando el sesto toco.

Y aunque nunca me atollo ni me atranco, temo de tu salida, que es salida como suelen decir de pié de banco.

Sabes que la ignorancia es atrevida con la mia allá voy que no es bicoca, y á decidir contiendas me convida.

De ciego á mudo, responder, me toca que cosa es la peor. Soy harto lego pero escúchame un rato y punto en boca.

Si no me entiendes ya, de tí reniego; pues bien te está diciendo el consonante que no hay cosa mas mala que ser ciego.

Pero tú con tu sátira punzante por consecuencia llamarásme rudo; pues sobre consonantes es constante,

Que aunque fueran en udo, como embudo, puedo sin ser del Atenco sócio, probar que vale un ciego mas que un mudo.

Basta de consonante ó niquiscocio, no torne el plan en agua de cerrajas. Vámos al caso, vámos al negocio.

Y sin mas infinitas zarandajas antes que optar por otro ni por uno de ambos sabré las contras y ventajas.

Aunque júrote amigo por S. Bruno que en tan malos extremos estoy llo de no optar como pueda por ninguno.

Y ninguno me den si alguno elijo que no tira el mas necio y papanatas piedra á sus tejas como el otro dijo.—

Un ciego, para aborrrarme peroratas, no tiene que temer gota serena, ni acometido ser de cataratas.

Y esta seguridad es cosa buena, que á fé no es despreciable inconveniente de pensar en cegar la triste pena.

Un ciego puede amar furiosamente, mas no será por guapas ni por feas *ciego de amor*, y si lo dice miente.

Cosas te oirás decir que no descas pero digno serás de una páliza en decirle; antes ciegues que tal veas.

Es tan santo varon que á quien le atiza nunca le trae *entre ojos*, y en sosiego aguarda la ocasion sin *ajeriza*.

Mas ten cuidado de arrimarte luego que un palo es consecuencia necesaria y es la cosa peor *palo de ciego*.

Gana el preciso pan tocando un *aria*, patrióticas cantando con porfia, ó gritando; ¡Gaceta extraordinaria!

Y harto hace, que si hoy es, por vida mia, cosa del otro jueves lo ordinario, lo extraordinario es pan de cada dia.

Un ciego, conocerlo es necesario, y estos no son inconvenientes flojos, no necesita el *Eco* ni el *Diario*.

Evitase por esto los enojos de invertir en andróminas dinero, y está muy libre de gastar anteojos.

Aunque este ahorro que parece infiero á dejar de pagar contribuciones, quien tiene el bolso reducido á cero.

Yo pagara doblones á montones, que el que paga en Sevilla ó en Ledesma es señal que le quedan mas doblones.

Pídanme versos y daré una resma; pero lo que es dinero ni una blanca, que estoy cual mis amigas en cuaremas.

Esta es mi confesion, bastante franca; mas... del hecho prescindo, no lo dudo y no me harás volver ni con palanca.

Soy en las digresiones testarudo: iba á decir que ventajoso creo que parece el ser ciego mas que mudo.

Tu no habrás calculado, lo preveo, las contras de ser mudo, triunfo es grande podértelo probar como deseo.—

Por mas que un mudo por colejos ande y aunque mas se encomiende á S. Lupericio ¿qué es lo que pueda hacer que se le mande?

Comprenda lo que es quinto y lo que es terció ¿por eso le has de atar horas con horas detrás del mostrador de algun comercio?

Bonito mueble entonces atesoras para lidiar con mozas y con viejas, todas tan bachilleras y habladoras.

¿Juzgas sacar buen fruto si le dejas ser abogado, aunque los siete cursos logre pasar quemándose las cejas?

Tal vez no careciera de recursos; mas lleve el diablo al pleito que salvára la lógica y ardor de sus discursos.

Si siendo cura al púlpito trepara linda alhaja estuviera el misionero; y á ser gallo ¿qué gallo nos cantará!

Puesregonero suponerle quiero, que cualquiera la bolsa escondiera para no dar un cuarto alregonero.

Pero vuelvo las tornas á fé mia, no puedo por mas tiempo ser tan crudo que defienda una atroz mejadería.

Y ahora decirte, Principe, no dudo, mas ventajas del mudo sobre el ciego ó mas contras del ciego sobre el mudo.

Oyeme las razones que te alego y por no ser prolijo no me ensancho que á punto estaba de llenarte un pliego.

Chico ó gigante, delgadito ó ancho

es Sancho todo mudo, y no Quijote, puesto que al buen callar le llaman Sancho.

Nunca un mudo, aunque el pueblo se alborote, vendrá al Congreso entre oradores rudos para hacer el papel de monigote.

No obstante que apesar de bien agudos mas pocos diputados, los restantes colejio son no mas de sordo-mudos.

Pero déjoo en paz, representantes, vuelvo al asunto que me tiene en guerra con un amigo de los mas constantes.

Es la mejor palabra en toda tierra la que está por decir, y el que habla mucho, segun suele decirse, mucho yerra.

En todos tiempos pasará por ducho el que nunca jamás los lábios abra si importancia se dá de hombre machucho.

Todo mudo además su dicha labra; pues como por el hasta no le cojan no le podrán cojer por la palabra.

Mas dejó estas razones que me enojan y pues el turno de los ciegos llega, oigan sus penas y despues escojan.

Yo disculpo al cristiano que reniega de estar el infeliz á troches moches siempre jugando á la gallina ciega.

¿Y qué consigue aun cuando arrastre coches si los que mas le dan los buenos días, suelen dejarle mas á buenas noches?

¡Oh cuantas, vive Dios, melancolias que le ocasiona á un ciego aquel autojo que á otros da mil consuelos y alegrías.

A la morena ó del cabello rojo no la enamora si á tentar no acierta, porque no le es posible echarla el ojo.

Nunca puede tener una reyerta que aunque el valiente se haga siempre es cero, para estar si le embisten ojo alerta.

Sufre cuando le engaña algun tendero pues ni el lienzo distingue á la batista, ni á ojo puede medir de buen cubero.

Bien su sueño le amarga y le contrista si aunque el grado alcanzara de Regente, no pudiera vivir en Buena-Vista.

Fuera en hacer convenios un demente porque de alguien pagara los antejos, que lo mirara mas; y finalmente

Porque aunque otro le cause mil enojos y le inspire total desconfianza, tiene que hacer el trato á cierra ojos.

Aun mas razones mi caletre alcanza; pero si has visto ya, que no lo dudo, á que lado se inclina la balanza;

A este problema resolver acudo, diciendo al fin para acabar aprisa, que mas malo es ser ciego, que ser mudo.

Tú con gracia y verdad mas llana y lisa lo contrario dirás, proporcionando placer á los lectores de la Risa.

Yo me quedo por hoy felicitando de salir de tan picaros aprietos, á tus lindos tercetos contestando, (aunque me haga pesado) con tercetos.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

LAS MELENAS.



Soneto.

De cuantas inventó la culta Francia modas sublimes de hermosura llenas, el uso de románticas melenas es el colmo feliz de la elegancia.

La cortedad es signo de ignorancia, de cabeza dé el vello asoma apenas, jamás he visto producciones buenas que atestigüen al hombre de importancia.

Mientras á nadie luce el pelo eorto, por sus rizos aprecian al que es cero, Madrid, Paris, Milan, Londres y Oporto. Con mis melenas pues, al mundo quiero, por vida de Absalon, dejar absorto... No hay notabilidad sin peluquero.

WENCESLAO AYUALÁ DE IZCO.

AMBIGÜ.

Menestra con sustancia de zanahorias.

Se pone media libra de manteca fresca en una cazula, se añade cierta porción de zanahorias rojas cortadas en rebanadas sutiles, y ocho ó diez cebollas partidas en cuartos: se menea todo de manera que no se pegue nada en el fondo y mientras esto se hace, se le echa de cuando en cuando caldo, y se añade de azúcar el grueso de un huevo; se deja cocer todo á fuego lento el espacio de tres ó cuatro horas, hasta que las zanahorias pueden espachurrarse perfectamente. Despues de haberlas puesto en un tamiz, majado y humedecidolas con caldo que se conserva aparte, se ha de tener cuidado que la sustancia sea clara, y que no hierva demasiado tiempo, porque entonces adquirirá acritud; se la despuma y desengrasa, haciendo que llegue á una consistencia conveniente, sea para confeccionar la menestra, sea para cubrir las entradas.

Menestra con sustancias de raices.

Sea la que quiera la que se elija de ellas, ya zanahorias, apio, nabos, cebollas ó espinacas, ó bien que se cojan todas juntas, siguiendo para cada una los métodos indicados, despues de haberlas hecho cocer en agua ó en caldo, se obtienen otras tantas sustancias como puede haber gustos diferentes, y no se trata sino de sazonarlas segun conviene.

No debiendo hacerse las sustancias sino con los granos ó féculas de granos cereales, ó bien con los cogollos mas tiernos de las plantas leguminosas que mas comunmente se emplean para alimento del hombre, merecen por consiguiente en el arte de preparar las sustancias alimentarias las mas grandes atenciones; así es que no habrá cuidado de mas en la manera de hacerlas capaces de digerirse fácilmente, y esto se logra por la sazón conveniente que se les da, aun mas que por todo otro medio; deben comprenderse en la clase de alimentos favorables á la nutrición.

Menestra de pepinos.

Se cocerá en agua una cantidad suficiente de pepinos mondados y cortados en pedazos pequeños; se les retira del fuego despues que se hayan cocido, se les deja escurrir, se despachurren en un colador, y se les humedece con leche hervida antes de servirse de ellos. Se les sazona despues

con sal ó con azúcar, y en el momento en que estan próximos á su hervor, se ponen sobre el pan cortado en rebanadas muy delgadas.

Menestra de cortezas con sustancia.

Se cortan rebanadas de pan mas ó menos gruesas, dándolas la figura que se quiera; se frien en manteca hasta que hayan adquirido un color rojo, y se colocan luego en una sopera, y por encima se echa una sustancia clara hecha de guisantes, judías, lentejas ó cualquiera otra legumbre.

Menestra con sustancia de aves caseras ó otras menores.

Se majan y humedecen en un mortero de mármol todos los restos de aves caseras ó menores que hayan podido juntarse; se hacen luego cocer con caldo por espacio de una ó dos horas, y se pasa toda por un tamiz para concluir la menestra.

NOTA.

Sentimos no haber podido insertar en este número la graciosa contestacion que FR. GERUNDIO acaba de dar á la comunidad de la Risa, prometiendo seguir escribiendo en este periódico. Lo haremos en el número inmediato, que contendrá ademas un romance de D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, y otras composiciones.

Don José Bonilla, autor de las tragedias *Dion triunfante en Siracusa*, y *D. Alvaro de Luna*, de las comedias *Castida*, y *una muger como muchas*, redactor del acreditado periódico el *Cisne* y escritor único del famoso *Mole*, periódico valenciano que tan gratos recuerdos ha dejado entre la gente de buen humor, acaba de ser asociado á la redaccion de la RISA, así como D. A. Ribot Fontseró, poeta catalan, ventajosamente conocido en el mundo literario.

Salen una entrega cada domingo al precio de dos reales, así en Madrid como en las provincias; advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de cuatro entregas lo menos.

PUNTOS DE SUSCRICION. En MADRID en la imprenta de la *Sociedad Literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerías de Cruz, de Rozola y de Denué é Hidalgo.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la GALERIA REGIA.—No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

La Risa no admite el cambio; pero se enviara gratis á cuantos periódicos tengan la bondad de anunciar y recomendar las entregas á medida que se vayan publicando.

Madrid.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.